

Antifascismo, insurrección y renovación revolucionaria: Tres momentos del pensamiento político de Jorge Insunza Becker

Rolando Álvarez Vallejos¹¹¹

La trayectoria histórica de la izquierda chilena en el siglo XX está marcada a fuego por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Las inolvidables imágenes de La Moneda incendiándose tras el bombardeo aéreo realizado por la Fuerza Aérea de Chile, constituyen el dramático símbolo del fin de una era. Numerosos militantes y simpatizantes de las fuerzas de izquierda pagaron con su vida el compromiso con la “Vía Chilena al Socialismo”, encarnada en la figura del Presidente Salvador Allende. Otros fueron detenidos, torturados y/o enviados al exilio. Miles perdieron sus fuentes de trabajo o sus estudios, cancelándose de manera irreversible sus proyectos de vida. La clandestinidad y la represión modificaron drásticamente las formas de relación entre los partidos políticos y las organizaciones sociales. En resumen, el abrupto fin de los “mil días” del gobierno de la Unidad Popular provocó un verdadero terremoto tanto en los proyectos personales de vida de una generación militante, como en los marcos epistemológicos en las cuales se había sustentado el andamiaje teórico de los principales partidos políticos de izquierda. Este adverso contexto, determinó la urgente necesidad de “comenzar en otro tiempo y en otro lugar”, tal como lo señaló Antonio Gramsci en un contexto de derrota, la reflexión sobre los caminos que seguirían las fuerzas de izquierda durante la nueva etapa dictatorial.

En este marco, la situación del Partido Comunista de Chile experimentó una encrucijada. Hasta ese día, era uno de los más entusiastas seguidores de la “Vía Chilena al Socialismo”, la cual había ayudado a forjar durante las décadas anteriores. En efecto, el PC se había jugado a carta cabal por evitar “el baño de sangre” que había implicado el triunfo de las revoluciones a través de guerras civiles o guerras de guerrillas. Se consideraba que la particularidad de la lucha de clases en Chile permitía un tránsito “no armado” hacia el socialismo. Sin excluir fórmulas de confrontación, como las tomas

.....
111 Historiador, académico del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

de terrenos, las huelgas y la movilización social en general, el PC estimaba que la acumulación de fuerzas políticas y sociales, incluyendo acuerdos con sectores “progresistas” de la burguesía, permitirían iniciar un proceso de superación gradual del capitalismo desde dentro de la institucionalidad estatal. En un período de gran popularidad de la lucha armada, gracias al ejemplo de la Revolución Cubana, el Partido Comunista fue acusado de reformista y pacifista, carente de una real perspectiva revolucionaria de poder. En el fondo, el PC de Chile abogaba por una noción “etapista” de la revolución, típico de la matriz comunista del siglo XX, pero bañada de la experiencia de lucha del movimiento popular chileno. Este, desde su génesis, había batallado por la ampliación de los derechos políticos y sociales, por la profundización de la democracia y el protagonismo popular en ámbitos institucionales. Esta fue la impronta que caracterizó el quehacer del Partido Comunista de Chile hasta 1973¹¹².

Para terminar de contextualizar el cambio epocal que representó para la izquierda chilena el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, es necesario describir la concepción ideológica del PC. Adscrito al marxismo-leninismo de raigambre estalinista, esto implicaba concebir su elaboración política como una labor “científica”, que avanzaba a tono con la historia hacia la superación del capitalismo. Este determinismo no impidió que en el terreno político el PC se mostrara pragmático en el despliegue de sus planteamientos. Sin embargo, implicó que fuera reacio a reconocer la necesidad de cambios en sus lineamientos estratégicos. Cuando se producían reveses electorales o de algunas movilizaciones, las autocríticas se concentraban en los “implementadores” de la política, más que en los contenidos de esta.

Teniendo en cuenta este conjunto de elementos, es posible comprender de manera más global el impacto del golpe de Estado de 1973 sobre el Partido Comunista. En efecto, junto al drama humano que desencadenó –factor que consideramos fundamental para comprender sus planteamientos contra la dictadura-, también implicó una profunda crisis de los supuestos de la línea política que sustentaba la “Vía Chilena al Socialismo”. Si para el MIR el golpe habría representado la derrota del reformismo, pero no de los revolucionarios, sectores del Partido Socialista y el MAPU plantearon que había entrado en crisis el marxismo-leninismo y la manera de concebir la política de la izquierda chilena. ¿Cuál fue la opción que siguió el Partido Comunista en este debate?

La investigación histórica sobre el PC durante los años de la dictadura

.....
 112 Hemos desarrollado este enfoque en Rolando Álvarez, *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*, Editorial América en Movimiento, 2020.

militar ha descrito con detalle los cambios sufridos en sus perspectivas¹¹³. No es el objetivo de este ensayo abordar el debate sobre el significado del giro que implicó para el Partido Comunista pasar de ser uno de los principales defensores de la “Vía Chilena al Socialismo” y críticos de la lucha armada como vía de construcción del socialismo en Chile, a proponer una perspectiva insurreccional para terminar con el régimen de Pinochet. Por el contrario, nuestra intención es darle rostros y nombres a esa discusión, a través del papel que tuvo en ella el dirigente Jorge Insunza Becker. Además, cómo este debate se proyectó en la nueva etapa democrática que se abrió a partir de 1990.

Tanto para la opinión pública como para el propio PC, existe costumbre evaluar sus planteamientos de manera colectiva, sin considerar el papel de sus dirigentes en la elaboración de los documentos partidarios. El uso del criterio del “centralismo democrático”, enfatizaba la “unidad en la acción”, dificultando la detección de los matices internos dentro de los órganos de conducción de la colectividad. La cultura política comunista era reacia a que sus dirigentes aparecieran generando opiniones que no representaran una síntesis del debate colectivo. En el caso de Jorge Insunza Becker, al igual que sus compañeros de la Comisión Política, como Volodia Teitelboim, Luis Corvalán y Orlando Millas, se caracterizaron por una concepción colectiva del quehacer del Partido. Como ha sido señalado para el caso de Insunza, “utiliza la primera persona del plural (“nosotros”), con mucha más frecuencia que la primera persona del singular (“yo”) ... Como leal a su partido... procesa y expresa su política a través del lente del propio partido. La identidad política de [Jorge] Insunza es inseparable de su partido”¹¹⁴.

Desde nuestro punto de vista, sin desconocer la importancia de este aspecto de la cultura política de la militancia comunista, el examen de las declaraciones públicas, artículos y entrevistas realizadas a Jorge Insunza, permiten apreciar los cambios, matices y la evolución de la línea política del PC. También las influencias nacionales e internacionales que incidieron en estos procesos. Como una especie de secreto a voces dentro y fuera de la colectividad, en distintos momentos Jorge Insunza fue señalado por representar posiciones matizadas o discrepantes con la mayoría de la conducción del Partido Comunista. En este ensayo evaluaremos sus planteamientos, resaltando su papel como un intelectual orgánico que tuvo un papel decisivo en

113 Al respecto, ver Rolando Álvarez, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista, 1973-1980*, Lom Ediciones, 2003; Alfredo Riquelme, *Un rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, DIBAM, 2009; Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*, Lom Ediciones, 2011 y Luis Rojas, *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973-1990*, Lom Ediciones, 2011.

114 Katherine Hite, *When the Romance ended. Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*, Columbia University Press, 2000, p.70.

las principales definiciones políticas e ideológicas del Partido Comunista en tres momentos cruciales de su historia. En primer lugar, en la evaluación de las “causas de la derrota”, es decir, en la elaboración de una explicación de la caída del gobierno de la Unidad Popular. En segundo lugar, en el diseño de la política insurreccional que el Partido Comunista implementó contra la dictadura. Y en tercer y último lugar, en la construcción de una propuesta político-ideológica que permitiera dar continuidad a la existencia del Partido Comunista ante la crisis que desencadenó el fracaso del intento por derrocar a Pinochet y la caída del Muro de Berlín.

De esta manera, este ensayo parte evaluando el papel de Insunza en la discusión sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular y la definición de la estrategia opositora contra la dictadura militar. Posteriormente examinaremos la reflexión de Insunza en torno al desarrollo de la política insurreccional del PC, que significó la incorporación del componente armado dentro de sus planteamientos. Por último, en el marco de la crisis epistemológica y política del marxismo, revisaremos las conceptualizaciones que Jorge Insunza propuso para desarrollar un proceso de “renovación revolucionaria” del Partido Comunista, que buscó diferenciarse de los planteamientos que daban por superada la teoría marxista.

1. Por un “Frente Antifascista” contra la dictadura (1973-1979)

A mediados de 1973, los partidos de la Unidad Popular eran conscientes de la inminencia de un golpe de Estado contra el mandato del presidente Salvador Allende. Junto a una ola de atentados perpetrados por grupos de ultraderecha, el alzamiento de un regimiento a fines de junio de 1973, conocido como el “tanquetazo”, había entregado claras señales de la existencia de sectores deliberantes al interior de las fuerzas armadas. Sin embargo, a pesar de este clima, los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973 no estaban en los cálculos de nadie. Por ello, los planes de resistencia a una asonada golpista, que contemplaba que un sector de los uniformados permanecería leal al gobierno, se vieron completamente superados por la realidad. Tras decidir replegarse a la clandestinidad, la dirección del Partido Comunista quedó encabezada por Víctor Díaz López, quien fue secundado por otros dirigentes. Algunos referentes nacionales de la colectividad fueron detenidos, como fue el caso de Luis Corvalán, y a otros se les ordenó asilarse en alguna embajada y partir al exilio. La dirección comunista no tenía los medios logísticos para asegurar la vida de sus cuadros dirigentes más conocidos. Por ello personeros como Orlando Millas y Gladys Marín debieron buscar refugio en legaciones extranjeras.

En el caso de Jorge Insunza, la decisión fue quedarse en el país. En una entrevista que nos concedió el año 2000, relató la incertidumbre de las primeras semanas tras el golpe y cómo se gestó la primera declaración del PC tras el alzamiento castrense. Seis días después del 11 de septiembre, Insunza recuperó el vínculo con la organización. “Todavía me acuerdo, yo tuve ese contacto con Mario Zamorano, con quien coordinamos algunas cosas, criterios, y empezamos a trabajar para la edición de un primer pronunciamiento. Yo recibí el texto que elaboró el compañero [Luis] Corvalán, que era una carta a Patricio Aylwin, que en ese momento era Presidente de la Democracia Cristiana. Cuando estaba por imprimirse, yo había contactado a mi hermano Mario, que trabajaba en la comisión nacional de propaganda, quien tenía a su vez un vínculo con lugares donde se había preparado el mimeógrafo para la eventualidad del trabajo clandestino. Y cuando lo va a imprimir, cae con él. Entonces hubo que re-redactar todo de nuevo. Ya no podíamos contar, por estar preso, con la firma de Corvalán. Entonces yo re-redacté el documento, basándome esencialmente en lo que Corvalán había preparado, pero ahora como un documento del Partido”¹¹⁵.

La importancia de este primer documento tuvo varias dimensiones. Para la memoria militante, fue la señal esperada por semanas, que venía a demostrar que el Partido Comunista, a pesar del fulminante golpe de Estado, seguía operando en la clandestinidad. Desde el punto de vista político, ofreció la primera definición del Partido Comunista frente al nuevo régimen. En este sentido, la piedra angular de su definición fue el uso de la categoría “fascista” para describir el carácter de la Junta Militar que había derribado el gobierno de Salvador Allende. En estricto rigor, esta opción apuntaba a denunciar la violenta represión que la Junta había desatado a lo largo y ancho del país. Además, hablar de fascismo tenía como evidente reminiscencia la política de unidad amplia desplegada en tiempos del Frente Popular, originado a mediados de la década de 1930 para enfrentar la ofensiva encabezada por la Alemania de Adolf Hitler. Por lo tanto, aunque no se mencionara la voz “frente antifascista”, resultó evidente que la unidad fue el principal llamado realizado por el PC en su primera declaración pública. Para frenar la represión, el texto redactado por Jorge Insunza señalaba: “...la voz de orden de la hora presente es la de la unidad más amplia. Unidad para defender el derecho a la vida y poner fin a la represión y la muerte. Unidad para defender el derecho al trabajo y terminar con los despidos y represalias...unidad para reconquistar las libertades públicas. Unidad para retomar el camino de los cambios revolucionarios”¹¹⁶.

.....
115 Entrevista con Jorge Insunza, noviembre de 2000.

116 “La voz de orden es la unidad”, en *Desde Chile hablan los comunistas!*, Ediciones Colo-Colo, 1976, p.31-32

Con todo, y a pesar de ser un texto breve, Jorge Insunza dejó enunciado otros tres aspectos que se desarrollarían extensamente en los meses y años siguientes. Primero, interpeló a la Democracia Cristiana, señalando que los sectores dentro de esa colectividad que se habían manifestado públicamente contra el golpe de Estado, “interpretan a la mayoría inmensa de los demócrata-cristianos de pueblo, a los que sus dirigentes oficiales han traicionado...”¹¹⁷. En segundo lugar, propuso el primer borrador sobre la manera que el Partido Comunista evaluaría “las causas de la derrota” de la Unidad Popular. En efecto, aunque en otra parte del texto se afirmaba que no era lo primordial, Insunza propuso dos “causas” del fin de la experiencia allendista. Por un lado, la presencia de “elementos fascistas” en los cuerpos castrenses y la policía, los que a futuro deberían ser reemplazados por fuerzas armadas “de nuevo tipo”. Por otro lado, no ahorró espacio para criticar a los sectores que el PC denominaba como “ultraizquierda”, acusándolos de incidir en la pérdida de apoyo del gobierno entre los sectores medios¹¹⁸.

En documentos posteriores, Jorge Insunza desarrolló, desde la dirección del Partido Comunista, estas tres líneas de análisis, a saber, la tesis del “Frente antifascista” contra la dictadura; el problema militar en la política del PC y, por último, la crítica al ultraizquierdismo. A lo largo de los años, los énfasis de estos dos últimos aspectos adquirieron importancias distintas. En el caso de la política del “Frente Antifascista”, fue expuesta solo un mes y medio después del “manifiesto de octubre”. En efecto, en el mes de diciembre, marcando la continuidad de las definiciones previas al golpe, un nuevo documento público del PC establecía que los “enemigos principales” del período postgolpe eran el imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente. Según esto, un aspecto decisivo de la derrota de la Unidad Popular había sido el “aislamiento de la clase obrera”, es decir, la incapacidad de las fuerzas de izquierda de alcanzar acuerdos con sectores de centro, puntualmente la Democracia Cristiana. Por ello, la tarea del momento era desarrollar un trabajo unitario “con amplios sectores demócrata-cristianos que se han pronunciado contra el golpe, [y] con sectores independientes que han comprobado con horror lo que es el fascismo”¹¹⁹. Por otra parte, de manera muy temprana, el Partido Comunista deslindó claramente las fronteras con el MIR, su tradicional adversario por la izquierda, especialmente respecto a las formas armadas de resistencia contra la dictadura. Para el PC, “las formas de lucha deben determinarse teniendo en cuenta la necesidad de unir a todas las fuerzas democráticas contra el fascismo...[teniendo] en cuenta... el nivel

.....
117 Ibid.p.25

118 Ibid.p. 28.

119 “Unir millones para poner término a la pesadilla”, en *Desde Chile hablan los comunistas!*, op.cit.p.45.

de conciencia alcanzado por las masas y... que cada acción mejore [la] correlación de fuerzas en favor del pueblo”¹²⁰. En base a la urgencia de lograr el acuerdo con la Democracia Cristiana, la lucha armada quedaba totalmente descartada en esta etapa.

Tras el terremoto inicial provocado por el golpe de Estado, durante 1974 las estructuras de funcionamiento clandestino del PC lograron una relativa estabilidad. Se logró consolidar un equipo de dirección encabezado por Víctor Díaz, secundado en diversas tareas por Mario Zamorano, Jorge Muñoz, “Rafael Cortés” (Uldarico Donaire), Jorge Insunza, entre otros dirigentes del Comité Central de la colectividad. Con todo, no estuvieron ausentes complejas caídas, como la del exsenador Jorge Montes, ocurrida el año 1974.

Sin lugar a dudas, el texto más influyente emitido por la dirección del PC durante el año 1974 también fue redactado, en lo fundamental, por Jorge Insunza. La edición en español de *Revista Internacional* –destinada a difundir artículos y documentos de los PCs de todo el mundo– lo publicó en los meses de julio y agosto de aquel año. Firmado bajo el seudónimo de “René Castillo”, de todas maneras fue considerado como un documento oficial de los comunistas chilenos¹²¹. En el texto, Insunza profundizó en las “causas de la derrota” de la Unidad Popular. Escrito desde el interior de Chile, debe tenerse en cuenta que en el exterior, especialmente en los países de acogida de los dirigentes comunistas chilenos, como la Unión Soviética y la República Democrática Alemana, arreciaban las críticas a la Unidad Popular. En efecto, aunque existía una alta valoración de la experiencia chilena y la solidaridad con los partidos de izquierda fue la tónica, esto no impidió la existencia de críticas. Especialmente relevante fueron los planteamientos de Boris Ponomarev, integrante de la cúpula del Partido Comunista de la Unión Soviética, que estableció la conocida premisa que señalaba que “toda revolución debe saber defenderse”. La alusión era evidente, en el sentido del error de no haber contemplado la reacción violenta de la contrarrevolución dentro del proceso de la “Vía Chilena al Socialismo”. De esta manera, el problema militar de la revolución se ponía en el centro de gravedad de la discusión.

En este ambiente, el texto de “René Castillo” polemizó fuertemente con las visiones basadas en las críticas “de izquierda” a la Unidad Popular. Por el contrario, el documento fue tajante respecto a que la principal causa del derrocamiento fue un problema político, a saber, “que la Unidad Popular no logró evitar el aislamiento de la clase obrera ni atraer a la mayoría de la población... Esto determinó el desenlace. Nuestra derrota fue la expresión del aislamiento de la clase obrera... Esto significa que más que una derrota

.....
120 Ibid.p.46.

121 “René Castillo”, “Los acontecimientos en Chile: Visión de los comunistas”, en *¡Desde Chile hablan los comunistas!*, op. cit. pp.79-109.

militar, fuimos vencidos políticamente (nuestra derrota militar fue posible sobre todo porque fuimos vencidos políticamente)”¹²². Junto con esto “Castillo” (Jorge Insunza) evaluó la cuestión de la correlación de fuerzas militares en el proceso chileno. Se reconocía la excesiva confianza en el supuesto compromiso democrático de las fuerzas armadas. Sin embargo, el documento afirmaba de manera enfática que la derrota de la Unidad Popular no significaba el fin de la vía “no armada” (o pacífica) para llevar a cabo los procesos revolucionarios. Además, se alejaba taxativamente de la supuesta afirmación “el poder nace del fusil”. Según “Castillo”, “el poder nace de las fuerzas de las masas, aunque es claro que los fusiles juegan un papel, como lo comprueba nuestra experiencia. Pero de ella también se desprende que los fusiles enmudecen o truenan según sea las fuerzas del pueblo. Y que si truenan ante un pueblo fuerte, unido y movilizado, éste encuentra como acallarlos, como lo prueban otras experiencias revolucionarias”¹²³. Este planteamiento era complementario con la tesis del “Frente Antifascista”, porque ratificaba que el hecho fundamental para conseguir el avance de la lucha popular era lograr conformar bloques mayoritarios que evitaran, nuevamente, “aislar a la clase obrera”. Si este hecho había sido el factor clave de la derrota de la UP, debía evitarlo a como diera lugar en el proceso de la lucha contra la dictadura. La unidad con la Democracia Cristiana se volvía el factor decisivo de la etapa.

Los artículos de “René Castillo” representaron la reafirmación de la pertinencia histórica de la “Vía Chilena al Socialismo”, es decir, la posibilidad de un tránsito al socialismo evitando la guerra civil y la lucha armada. Sin embargo, los efectos del golpe de Estado habían abierto la puerta para que consideraciones que matizaban estos planteamientos hicieran su camino dentro del Partido Comunista. En una reunión oficial realizada en Cuba entre Volodia Teitelboim y Rodrigo Rojas -ambos de la Dirección exterior del PC- y el dirigente de la Revolución Cubana Carlos Rafael Rodríguez, este último criticó los planteamientos de “Castillo”, porque “habla del tránsito pacífico en términos que se exagera la forma que esta posibilidad ha sido planteada... se refiere a la teoría del tránsito pacífico como si fuera la teoría generalizada, cuando los clásicos y Mikoyan en el XXII Congreso [del PCUS] subrayan la excepcionalidad de esa posibilidad”. Al contrario de la tesis de “Castillo”, para el líder cubano, toda revolución termina, de todas maneras, “en la utilización de la fuerza armada”. Si bien compartía con “Castillo” que el pueblo debía estar “unido y movilizado” durante la revolución, también debía estar “ARMADO”. Demostrando que se estaba desarrollando un debate sobre esta materia al interior de la dirección del PC, Rodríguez se alegraba de que era “evidente que el PCCH ha hecho su autocrítica. Cuando se escribió lo de

.....
122 Ibid.p.93.

123 Ibid.p.107.

Castillo no se habían hecho todos los análisis”¹²⁴.

Reafirmando que en los siguientes años las tesis de “René Castillo” sufrieron modificaciones importantes, en su intervención en el XV Congreso del PC, realizado en 1989, el propio Jorge Insunza hizo su *mea culpa*. Reconocía que, en ese tiempo, “la interpretación de los nuevos hechos estaba sesgada en cada uno de nosotros por esa visión. Hablando de mí, tengo en cuenta, por ejemplo, el uso del concepto de mayoría más atrasado que el de correlación de fuerzas o el de la diferenciación esquemática de derrota política y derrota militar, que están presentes en el artículo firmado por René Castillo... que fue elaborado colectivamente por la Comisión Política que operaba en el interior, pero cuya redacción estuvo sobre todo a mi cargo”¹²⁵.

En agosto de 1975 la dirección clandestina encabezada por Víctor Díaz decidió que Insunza saliera del país. Se evaluó que corría riesgos, por considerar que su quehacer clandestino no era todo lo estrictamente riguroso que el momento exigía. Además, podría ofrecer al Coordinador del Exterior del PC un relato “más vívido y fresco” del activismo dentro de Chile. En septiembre de 1975, cuando recién Insunza había salido de Chile hacia el exilio en Europa oriental, el PC emitió un polémico texto para responder las críticas del MIR a la política del Frente Antifascista¹²⁶. Para esta colectividad, el proceso para derribar a la dictadura debía implicar una alianza amplia de la oposición, pero “por abajo”, no a nivel de las direcciones partidarias, especialmente en el caso de la Democracia Cristiana. Asimismo, el MIR promovía la creación de organizaciones clandestinas contra el régimen (los “Comité de Resistencia”). Además, en carta dirigida a la dirección del PC, calificaba de “pacifistas” la postura comunista, producto de su rechazo a implementar formas de lucha armada contra la dictadura. El PC rechazaba tajantemente estos tres puntos. El documento del “caballo de troya”, al igual que otros, seguramente fue de elaboración colectiva. Pero contiene una retórica que rememora las conocidas polémicas que Jorge Insunza desplegó contra el MIR desde mediados de la década de 1960. En lo sustancial, el polémico texto ratificó la tesis comunista del “Frente Antifascista”, incluida la necesidad de alcanzar acuerdos con la Democracia Cristiana. Rechazó crear organizaciones clandestinas de resistencia, privilegiando la inserción en las organizaciones sociales de base. También descartó formas de lucha armada, por considerar que no se condecían con el estado de ánimo ni las condiciones que en ese

.....
124 “Conversación de delegación presidida por Pedro. Primera conversación, 10-II-1975”, p.3. Las mayúsculas en el original.

125 *Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989*, Ediciones El Siglo S.A, 1990, pp.16-17.

126 “El ultraizquierdismo, caballo de troya del imperialismo”, *Desde Chile hablan los comunistas...* op.p.210-237.

momento ofrecía el combate contra la Junta Militar. Más allá de esto, el tenor de las críticas fue muy áspero. Por ejemplo, se denominó como expresión de “aventurerismo” el supuesto diálogo entre integrantes de la Comisión Política del MIR y el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, que los tenía detenidos. Para el PC, esto era “aventurerismo en sentido estricto, porque la búsqueda de acuerdos se hacía por entero al margen de las masas y sin tener en cuenta el proceso real de la lucha de masas. Aventurerismo porque, independientemente de la actitud honesta que adoptaron en definitiva la mayoría de los dirigentes, avaló la traición de otros que terminó haciéndose pública y abierta”.¹²⁷ El texto incluía la evaluación negativa que tenía el PC sobre el papel del MIR durante la Unidad Popular, por considerar que sus posturas habían dividido al movimiento popular. Por todo ello, cerraba planteando su rechazo al “sectarismo, divisionismo y el dogmatismo” representado por el MIR.

El documento del “caballo de troya” parecía confirmar la postura moderada del PC, que lo había caracterizado hasta el día del golpe de Estado de 1973. Alejaba la posibilidad de acuerdos con el MIR, enviando una señal de unidad hacia la Democracia Cristiana, considerada fundamental para concretar la creación del “Frente Antifascista”. Sin embargo, como vimos más arriba, de manera paralela a este documento, las presiones para reconsiderar posturas del PC frente a la cuestión militar cursaban con fuerza especialmente entre los integrantes del Coordinador del Exterior del Partido Comunista. Tanto las dirigencias de los “partidos hermanos”, como segmentos de la militancia, hacían eco de las voces críticas a lo que se comenzaron a denominar como los “errores de derecha” que habría cometido el PC durante el proceso de la “Vía Chilena al Socialismo”. Jorge Insunza se puso en contacto más estrecho con este debate a partir del inicio de su exilio en 1975. En este sentido, el “Caballo de Troya” marca el fin de una etapa en la historia del PC, pues en los años venideros los vientos comenzaron a soplar en otra dirección.

En efecto, en abril de 1975, comenzó en Cuba la denominada “Tarea Militar” del Partido Comunista de Chile. En esa fecha, casi una cincuentena de militantes de las Juventudes Comunistas se incorporó como cadetes de la Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Aunque el PC estaba muy lejos de tener un diseño político que contemplara lo militar como parte fundamental de su línea política, este hecho mostraba la centralidad que este aspecto estaba cobrando en la discusión interna del partido. En esa misma línea, desde 1974 la dirección del PC había aceptado la invitación del Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA) para que militantes chilenos formaran parte de un grupo de estudio sobre problemas militares y de las fuerzas armadas chilenas en la ciudad de Leipzig. Con sus investigaciones, este contingente

.....
127 Ibid. p.217.

colaboró en algunos de los planteamientos que dieron forma a la política militar comunista.

Este proceso de reconsideraciones sobre las concepciones revolucionarias del Partido Comunista tuvo un momento de consagración oficial en la ciudad de Moscú en agosto de 1977. En esa ocasión se produjo la primera reunión del Comité Central del Partido Comunista después del golpe de Estado de 1973. Tras el traumático año 1976, durante el cual fueron secuestradas las direcciones del PC encabezadas por Víctor Díaz y Fernando Ortiz, había terminado con la liberación de Luis Corvalán, canjeado a cambio de un disidente soviético. Bajo este clima, la principal conclusión del informe al pleno, cuyo centro era un análisis sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular, consistió en la tesis del “vacío histórico”, ampliamente popularizada en los años siguientes. Según esta, el error del PC habría sido haber confiado en exceso en la institucionalidad, especialmente en el compromiso democrático de las fuerzas armadas. Esto provocó que se descuidara el problema del poder y el papel de la violencia en la resolución de este. El “vacío histórico” de la política del Partido Comunista era, justamente, no haber contemplado esta situación. Junto con esto, el “Pleno de 1977” ratificó la vigencia del “Frente Antifascista” como la política del PC para el período. En el fondo, aunque la tesis del “vacío histórico” representaba un giro hacia la izquierda en los análisis del PC, la continuidad de la óptica aliancista contenida en la línea del “Frente Antifascista”, dejaba en claro la existencia de matices dentro de la dirección del PC. Era evidente que una evaluación que centrara todo el problema de la lucha contra la dictadura en torno a la cuestión militar, hacía inviable la alianza con la Democracia Cristiana.

La intervención de Jorge Insunza en la reunión plenaria del Comité Central de 1977 refleja las transiciones y continuidades que estaban experimentando los planteamientos del Partido Comunista. En primer lugar, Insunza validaba la tesis del “vacío histórico”. En referencia a lo sucedido durante la Unidad Popular, el dirigente reconocía que “la correlación de fuerza sociales-políticas que impulse los cambios deberá, para asegurar la victoria, resolver que también en el plano militar se conforme y se exprese una correlación de fuerzas en su favor”¹²⁸. Este era el núcleo de la hipótesis del “vacío histórico” de la política del PC: no haber contemplado lo militar en la resolución del problema del poder. En este sentido, el dirigente comunista reconocía la importancia de poseer una “fuerza militar propia”, basada en el apoyo de un sector de las fuerzas armadas.

En segundo lugar, Insunza era enfático en responder a las críticas que reducían las causas de la derrota de la Unidad Popular “a la incapacidad para

.....
128 “Intervención del camarada Jorge Insunza”, en *El Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile*, Ediciones Colo- Colo, 1978, p.195.

construir la defensa militar del proceso”, como que había deslizado el dirigente soviético Boris Ponomarev o desde el alto mando de la Revolución Cubana. En este sentido, Insunza insistía en la centralidad que contar con el apoyo popular, era la mejor manera de haber evitado el golpe de Estado. Y por ello, los problemas de la UP habían pasado por su falta de unidad interna y el error de no haber pactado con la Democracia Cristiana. Para Insunza, la clave de lo sucedido entre 1970-1973, era “ganar aliados para la clase obrera, construir en torno a ella una unidad más amplia y más coherente que ayer, en esto estuvo y está la clave de la victoria”¹²⁹. Por ello, el debate de 1977 estaba lejos de haber decretado un contundente giro hacia posiciones “izquierdistas”. La continuidad de las posturas del PC quedaba reflejada en la respuesta de Insunza a los jefes de los países socialistas.

Jorge Insunza tuvo oportunidad de profundizar su análisis en un artículo publicado el año siguiente. En él reconocía que “el asunto decisivo... en la defensa de la revolución es el de las fuerzas armadas y, en general, el de la correlación de fuerzas en nivel militar”. Según Insunza, “las posibilidades de toda vía revolucionaria de culminar con éxito sus tareas atraviesan necesariamente este problema”. En el caso de la “experiencia chilena”, esto pasaba por “la transformación del ejército y su ubicación al lado del pueblo...”¹³⁰. En el análisis de Insunza, aquí radicaba el “vacío histórico” del Partido Comunista: los errores sobre cómo abordar y comprender a las fuerzas armadas chilena. “Nos apoyamos... en las tradiciones de prescindencia en la política partidista que mantenían, relativamente, durante cerca de 40 años y en las fuerzas constitucionalistas que operaban en el interior de las fuerzas armadas, orientadas a respetar el triunfo popular...” Luego de repasar otros considerandos sobre los organismos castrenses, Insunza concluía que la política del PC hacia ellas era “completamente insuficiente y además basada en algunos presupuestos teóricos falsos...”¹³¹. En el caso de la Unidad Popular, el problema radicó en que “no conseguimos poner al ejército al lado del pueblo ni asegurar por otros medios una correlación militar favorable. Cuando se erosionó nuestra correlación en el nivel político, esta situación hizo crisis”¹³².

De esta manera, desde el punto de vista de Jorge Insunza, proponer la existencia de un “vacío histórico” en las definiciones políticas del PC (la cuestión militar), no invalidaba la posibilidad histórica de la “vía pacífica” o “no armada” al socialismo. En el caso de Chile, el problema militar (el apoyo

.....
129 Ibid.p.196.

130 Jorge Insunza, “Las dialécticas de las vías revolucionarias”, en *Los 1000 días revolución. Dirigentes del PC de Chile analizan las enseñanzas de la experiencia chilena*, Editorial Paz y Socialismo, 1978, p.83.

131 Ibid.pp.84-85.

132 Ibid.p.86.

de las fuerzas armadas), seguía siendo un problema político. Por lo tanto, al contrario de lo que planteaba el ala izquierda de la UP y el MIR desde fuera de esta, Insunza negaba que el enfrentamiento armado era siempre inevitable en todo proceso revolucionario. Estos planteamientos son importantes para entender el posterior desarrollo de la política del Partido Comunista. La incorporación de las tesis militares para derrocar a la dictadura, convivieron con aquellas que validaban la “vía no armada” previa a 1973. Esta disyuntiva este en el centro de gravedad del debate al interior de la conducción del PC durante la década de 1980.

En 1979, bajo la firma de Luis Corvalán, el PC publicó un documento titulado “Nuestro proyecto democrático”. Este ratificaba la postura favorable a alianzas amplias de los comunistas. Hacía un nuevo llamado a la Democracia Cristiana para conformar un “Frente Antifascista” y reiteraba de manera enfática el compromiso democrático de los comunistas. Era una época en donde el denominado “eurocomunismo”, encabezado por el Partido Comunista de Italia, España y Francia, hacía una demoleadora crítica a la Unión Soviética y planteaba la centralidad de la democracia en el proyecto anticapitalista. El PC chileno rechazó las críticas eurocomunistas al socialismo real, pero quiso responder a sus críticos apelando a su trayectoria, que la ubicaba como una colectividad comprometida con la profundización de la democracia en Chile y partidaria de acuerdos amplios. “Nuestro proyecto democrático” fue el último estertor de la política del “Frente Antifascista”. El año 1980 la dirección comunista dio a conocer su nuevo planteamiento, que legitimaba que, para terminar con la dictadura, eran oportunas “todas las formas de lucha”, incluso “la violencia aguda”.

2. En tiempos de la Rebelión Popular

El año 1980 marcó la consolidación de la dictadura militar encabezada por el general Augusto Pinochet. Hasta un par de años antes, las crisis económicas y políticas que debió enfrentar -como la salida del general Leigh de la comandancia en jefe de la FACH- habían provocado que el PC considerara que se trataba de un régimen frágil y con escasa proyección. Sin embargo, la aprobación fraudulenta de la Constitución de 1980 fue la indicación que estos cálculos estaban errados. Esta consolidación institucional coincidió con la implementación de las medidas para llevar a cabo la transformación del capitalismo en Chile. En efecto, las medidas de “ajuste automático” de la economía, fueron acompañadas de las llamadas “siete modernizaciones”. Estas incluían la introducción de la óptica del libre mercado en materias de alta sensibilidad social, como la educación, las pensiones, las leyes laborales, la salud y los municipios, entre las más importantes. La introducción del

modelo neoliberal se convirtió en el proyecto modernizador de la dictadura. Rápidamente tuvo efectos sociales sobre la población, pues su aplicación tuvo un alto costo para un sector mayoritario del país. Además, el estallido de un ciclo recesivo de la economía capitalista a nivel global a comienzos de la década de 1980 tuvo efectos devastadores sobre una economía, como la chilena, que se resistió a la aplicación de medidas anticíclicas. Este fue el telón de fondo sobre el cual se desarrollaron las llamadas “jornadas de protesta nacional” (1983-1986). Estas hicieron tambalear al régimen de Pinochet, el que, no obstante la masividad y radicalidad de las manifestaciones ciudadanas en su contra, logró sortear la crisis económica y política. El segmento moderado de la oposición acordó con el régimen respetar los plazos impuestos por la Constitución de 1980, confiando que podría derrotar electoralmente a Pinochet en un plebiscito que se realizaría a fines de 1988. Una vez logrado esto, al año siguiente se realizaron las primeras elecciones presidenciales desde el golpe de Estado de 1973, en el que se impuso Patricio Aylwin, el candidato perteneciente a las fuerzas opositoras. En marzo de 1990, luego de 16 años y medio de dictadura, Chile recuperaba la democracia.

Durante esta década, el Partido Comunista optó por una vía que buscaba derrocar a la dictadura en base a la movilización social. La meta era no negociar con el régimen, sino que obligarlo a dimitir ante un gobierno provisional, que llamaría a elecciones democráticas en breve plazo. Para el PC, la salida más probable de la dictadura sería una insurrección popular, para la cual los comunistas enfocaron sus esfuerzos. Por ello, el nombre que adoptó su línea política en esta década fue “Rebelión Popular de Masas”, la que incluyó la creación de una fuerza militar propia, encabezada por el *Frente Patriótico Manuel Rodríguez* (FPMR). Tanto el desarrollo como la implementación de esta fórmula para terminar con la dictadura, generó fuertes disputas dentro de la conducción del Partido Comunista. Esta coyuntura se dio de la mano de la crisis terminal del “socialismo real”. Esta tuvo su desenlace en noviembre de 1989, cuando la noticia de la caída del Muro Berlín dio la vuelta al mundo. De esta manera, para el Partido Comunista de Chile, la década de 1980 terminó con el fracaso de su perspectiva insurreccional para terminar con la dictadura y el estallido de la crisis final del proyecto comunista. En 1990 fue el turno para la peor crisis de la historia de los comunistas chilenos.

En todo este proceso, Jorge Insunza jugó un importante papel. Por un lado, en la manera de entender e implementar la “Política de Rebelión Popular”. Por otro, en la estrategia para enfrentar la crisis del movimiento comunista internacional e intentar proyectar al PC a nueva etapa histórica, ahora sin la existencia del campo socialista.

Las formas de lucha contra la dictadura

En septiembre de 1980, pocos días antes de conmemorarse el séptimo aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende, Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, realizó un célebre discurso. En este, el líder comunista reconoció que para terminar con la dictadura sería necesario implementar en su contra “todas las formas de lucha... incluida la violencia aguda”. Esto se expresaba dentro de un contexto mayor, basado en el reconocimiento del “derecho de los pueblos a la rebelión”. Este planteamiento marcó el punto de llegada de la autocrítica del PC luego de la caída del gobierno de Salvador Allende. Sin embargo, el nuevo énfasis puesto en la violencia como forma de lucha contra la dictadura, estaba lejos de ser entendido de manera consensuada al interior de la conducción comunista. Por un lado, el Equipo de Dirección Interior (EDI), encabezado desde comienzos de 1978 por Gladys Marín, rápidamente recepcionó el discurso de Luis Corvalán en clave más radical. En 1981 se elaboró un documento conocido como “La Pauta”, que planteaba la tesis de la “Perspectiva Insurreccional de Masas” (PIM). Es decir, el EDI se adelantó en definir la estrategia comunista desde un punto de vista completamente inédito en su historia. En efecto, consagrar la vía insurreccional como la salida de la dictadura, implicaba una cirugía mayor a las concepciones etapistas que caracterizaban el PC desde la década de los años 30. Por su parte, otro segmento de la dirección comunista, si bien estaba de acuerdo en general con la tesis de “todas las formas de lucha”, no compartía que este enunciado derivara en una “perspectiva insurreccional”. En el fondo, el debate sobre “lo militar en la política del partido” se dividía en torno al papel de este componente en el diseño de la estrategia del PC. ¿Sería un complemento que coadyuvaría a desarrollar la tradicional fórmula centrada en la “lucha de masas? O, por el contrario, ¿lo militar implicaba un cambio profundo en la teoría y la política partidaria? El debate alcanzó tal magnitud, que el pleno del Comité Central realizado en la RDA en 1981, rechazó explícitamente la tesis de PIM contenida en “La Pauta” elaborada en Chile por el EDI. Más tarde, en 1983, se canceló la realización de un Congreso partidario, porque el nivel de discrepancias al interior de la conducción era tan alto, que se temía provocar una fractura interna.

En este contexto, Jorge Insunza realizó una intervención en octubre de 1980 en Berlín, en la cual delineó algunos de los aspectos fundamentales de lo que posteriormente se denominó como la “Política de Rebelión Popular de Masas”. En efecto, en el momento que Insunza realiza esta intervención, sus planteamientos estaban en proceso de construcción. Por ello, el texto de octubre de 1980 es uno de los primeros que acuñó el famoso nombre con el que se conocería posteriormente la línea del PC durante esa década. En este sentido, Insunza partía de un supuesto básico: el dictador Augusto Pinochet no dejaría el poder por voluntad propia. Según el dirigente comu-

nista “éste no se irá si no se le echa”. Esta premisa fue la piedra angular de los planteamientos del PC en la década, porque implicó desconocer que la institucionalidad dictatorial podía conducir al fin de la dictadura. Fue, por lo tanto, el supuesto básico sobre el cual se cimentó la posición de los sectores que rechazaron la viabilidad de la salida pactada de Pinochet.

Luego de esta constatación, Insunza señalaba que la experiencia histórica mostraba que para poner fin a regímenes que pretendían eternizarse en el poder, el componente fundamental era la lucha de masas. Esta podría adquirir diversas formas, según las características del proceso. Por ello, Insunza recalca que “solo una rebelión de masas adecuadamente conducida podría alcanzar la victoria”. Esta suponía que el accionar de la batalla política debería producirse “fuera del marco de hierro que impone la institucionalidad fascista. Pero ello no implica la renuncia a utilizar cada posibilidad de acción aun en los marcos impuestos por la dictadura, para debilitarlos y romperlos, como lo hacemos por ejemplo con la actual legislación sindical”. El énfasis de Insunza consistía en dejar en claro que el PC chileno estaba buscando su propia fórmula para derrocar a Pinochet y que no estaba por imitar otros casos de luchas guerrilleras. Por ello, recalca “que no había una vía definida de una vez y para siempre” en la estrategia de enfrentamiento contra el régimen. De esta manera, a través de este planteamiento, se descartaba una óptica insurreccional para ese momento político (fines de 1980), pero no para futuro, si es que las condiciones cambiaban. Por eso, para Insunza era clave “dominar prácticamente todas las formas de lucha”.

La conclusión de estos planteamientos era que la necesidad de elaborar una política militar constituía un aspecto fundamental para un partido revolucionario. Jorge Insunza sintetizaba así las lecciones que dejó la derrota de la Unidad Popular: “...a partir de nuestra propia experiencia, [...] cualquiera que sea la vía de desarrollo de la revolución, el problema de la expresión de la voluntad de la mayoría se vincula inseparablemente a la generación de una correlación de fuerzas tal, que expresada en el plano militar, sea favorable a la revolución”. Esta era, decía Insunza, “la condición necesaria” para la transformación social. No bastaba, como había logrado la Unidad Popular, contar con el respaldo de la ciudadanía, sino que también lograr asegurar hegemonía desde el punto de vista militar. Desde este punto de vista, la política militar venía a llenar “el vacío histórico” en el diseño estratégico de la política del Partido Comunista de Chile. No era solo un aspecto que coyunturalmente se incorporaba al quehacer de los comunistas, sino que pasaba a ser un componente permanente de su política. Y durante la lucha contra la dictadura adquirió, definitivamente, un papel protagónico.

En efecto, a partir de fines de 1980, los militantes del PC y las Juventudes Comunistas comenzaron a desplegar lo que en aquel entonces se denominaron como “acciones audaces”. Eran acciones de propaganda y de sabo-

taje, que de manera creciente fueron incrementando componentes armados de lucha. Desde el punto de vista organizacional, se creó en la estructura orgánica del PC el llamado “Frente Cero”, encargado del diseño e implementación de las “acciones audaces”. Por lo tanto, antes del inicio del ciclo de las Jornadas de Protesta Nacional, que se inauguró el día 11 de mayo de 1983, el Partido Comunista había instalado en el debate la legitimidad del uso de la violencia para terminar con la dictadura. Con el desarrollo de las protestas y la fundación del *Frente Patriótico Manuel Rodríguez* en diciembre de aquel año, la estrategia del PC se consolidó. En este contexto, el debate sobre la unidad de la oposición se comenzó a dividir entre los partidarios y los opositores al uso de la violencia.

En este contexto político, Jorge Insunza desarrolló la manera cómo su colectividad comprendía el uso de la violencia contra la dictadura. Según esto, el PC consideraba que el derecho a rebelión contra una tiranía no era sinónimo de “lucha armada”. Esto, decía Insunza, era absolutizar una forma de lucha. Por el contrario, sería la propia lucha de masas la que determinaría cual sería el método para derribar a Pinochet. Insunza se preguntaba “¿se impondrá en Chile una salida en que la rebelión de masas se exprese por medios esencialmente pacíficos o, en cambio, será obligatoria la recurrencia a formas agudas de violencia? No lo sabemos y es difícil, sino imposible predecirlo”¹³³. De esta manera, el Partido Comunista definía que no adhería a la lucha armada de una manera preestablecida o definitiva: “Nosotros no negamos a priori la posibilidad de una salida no violenta”. Pero, no obstante esto, “del mismo modo, ningún demócrata debiera objetar por principio la violencia”¹³⁴.

Sin embargo, con el estallido de las protestas nacionales, en el marco de una aguda crisis económica que golpeaba especialmente a los sectores populares, el Partido Comunista zanjó sus supuestas dudas: el factor armado sería protagonista entre “todas las formas de lucha” contra la dictadura. Si entre 1980-1981 no había mayoría en la dirección del PC para apoyar una línea insurreccional, en 1983 el escenario se había modificado. En efecto, el mencionado inicio del ciclo de protestas nacionales contra la dictadura parecía dar asidero a los sectores partidarios de impulsar la movilización social para derrocar al régimen. Producto del remezón que produjeron las protestas, la dictadura realizó ajustes de gabinetes que utilizaron la consabida estrategia del “garrote y la zanahoria”. Por un lado, se inició un tímido “diálogo” entre la oposición y las autoridades. Varios partidos, especialmente los de centro, pudieron actuar con mayor libertad. Pero, por otro lado, la policía política y

.....
 133 Jorge Insunza, “Las tareas actuales del Partido de Recabarren”, *Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior* n° 59, mayo-junio de 1983, p.103.

134 Ibid.p.24.

las fuerzas policiales reprimían con dureza las manifestaciones opositoras. Durante esta etapa, el FPMR realizó los primeros apagones nacionales, generando gran impacto en la opinión pública. Además, las estructuras militares del partido y de las Juventudes Comunistas, demostraban capacidad para realizar acciones de sabotaje. Asimismo, el movimiento estudiantil avanzaba en la democratización de los centros de alumnos y federaciones; el movimiento poblacional lograba importantes niveles de organización y coordinación. En este escenario, durante 1984 se agudizó el debate interno dentro del Partido Comunista sobre cuál sería la fórmula de salida de la dictadura. Mientras que lentamente tomaba forma lo que se conocería después como la “salida pactada” con Pinochet, ganó fuerza en la interna comunista los sectores partidarios de promover una vía insurreccional.

A fines de 1983, el Partido Comunista realizó una conferencia que reemplazó el suspendido congreso nacional. El debate principal estuvo centrado en la aprobación o rechazo del planteamiento que establecía que la tesis insurreccional sería la forma más factible para provocar el derrocamiento de la dictadura. En función de ese debate, que terminó con la definición de la “Sublevación Nacional” como el método que los comunistas privilegiarían para recuperar la democracia en Chile, Jorge Insunza redactó un influyente ensayo preparatorio para la Conferencia.

El documento partía de dos supuestos fundamentales, en base a los cuales elaboraba cual debía ser el papel del Partido Comunista en la coyuntura política de ese momento. El primero era que, dadas las características que estaba adquiriendo el proceso socio-político chileno, se estaba configurando una situación de crisis revolucionaria. El segundo supuesto, relacionado del anterior, era que, supuestamente, existían condiciones objetivas que conducían al proceso en esa dirección. Estas se vinculaban a lo que Insunza denominaba como “una crisis estructural interna acentuada por la crisis estructural (general) del sistema capitalista mundial”. Este hecho estaba produciendo la debacle de la política económica de la dictadura, con lo que, de paso, hacía crujir el conjunto de la institucionalidad dictatorial. El descontento contra el régimen, afirmaba Insunza, se proyectaba contra instituciones como el poder judicial, la policía, la Contraloría General de la República y las fuerzas armadas, todas entidades vinculadas, en mayor o menor medida, a la represión. Este hecho, unido al rechazo de Pinochet a cualquier tipo de reforma democrática, actuaba como un importante factor de crisis. Por último, el contexto internacional hacía que fuera más difícil para los Estados Unidos defender a la dictadura chilena. Incluso el dirigente comunista constataba que “un sector del imperialismo estimaba deseable desembarazarse de Pinochet”.

A partir del análisis de estas “condiciones objetivas”, Insunza establecía el papel que debía tener en la coyuntura el factor subjetivo. En este sentido, la polarización e incremento de las contradicciones de clase abrían las

posibilidades que las condiciones que estas pudieran derivar en –citando a Lenin– “la capacidad de la clase para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas”. Aquí Insunza rescataba la conocida premisa leninista respecto al papel de vanguardia del Partido. Es por ello que el PC debía transformarse en “el formador principal del cambio subjetivo”, pero recalando que “su rol no puede ni debe ser considerado idéntico al cambio subjetivo que exige la situación revolucionaria”. Para Insunza, la política de los comunistas debía “sortear el riesgo del vanguardismo”.

Esta definición implicaba el visto bueno a la tesis insurreccional. A partir de fines de 1984, el Partido Comunista se la jugaría por desencadenar un levantamiento o sublevación generalizada, que provocara el colapso del régimen. No se contemplaba una guerra de guerrillas o la conformación de un ejército revolucionario, como había sido el caso nicaragüense o cubano. Este sería reemplazado por una multitudinaria lucha de masas en las calles, que obligaría a Pinochet a abandonar el poder. Esta era la “vía chilena” a la insurrección, en donde lo armado ocupaba un papel subalterno y complementario a la movilización social del pueblo. De ahí la alusión de Insunza de evitar el vanguardismo, es decir, intentar llevar a cabo un proceso sin respaldo de masas, del tipo que el PC criticó en las décadas de 1960 y 1970 en América Latina. A futuro, dentro del Partido Comunista, esta definición fue objeto de duras objeciones. Por un lado, por quienes no compartían los supuestos iniciales planteados por Jorge Insunza, es decir por aquellos que descartaban por completo que en Chile hubiera condiciones para desencadenar una crisis revolucionaria. Por ende, descartaban la viabilidad de una insurrección como método para terminar con la dictadura. Por otro lado, otro sector cuestionó lo que consideraban como las vacilaciones de la dirección del PC frente a la estrategia insurreccional. Lo que para Insunza eran importantes estimaciones tácticas (el estado de ánimo de las masas) para la decisión de llevar o no cabo el proceso insurreccional, para otros serían considerados como resabios del “reformismo comunista”.

Seguramente porque ambas miradas críticas, de alguna u otra manera, ya circulaban entre los integrantes de la conducción del PC y sus aparatos militares, es que Insunza en su ponencia para la conferencia clandestina de 1983, se explayó sobre dos aspectos cruciales de la política comunista de ese momento: Primero –nuevamente– sobre el problema de la legitimación del uso de la violencia como impedimento de la unidad de la oposición. Segundo, sobre el papel de la “fuerza propia” (el FPMR) en este periodo.

Respecto a la violencia, Insunza justificó el carácter fundamental que tenía para el PC poseer una política militar. Como lo venía planteando desde la década anterior, el problema de la correlación militar de fuerzas era considerado clave para que la colectividad contara con una “concepción completa del poder”. El dirigente comunista era enfático en recalcar que este plantea-

miento no era un rasgo militarista, porque consideraba que lo militar se definía en primer lugar por factores sociales y políticos. En este sentido, Insunza no se movía más allá de sus análisis posteriores al golpe de 1973, en los que consideró que la derrota militar de la Unidad Popular era porque, en primer lugar, se había producido una derrota política de la administración allendista. Por ello, el dirigente comunista no veía contradicción entre “derrota militar” y “derrota militar del régimen”, como si lo hacían los sectores más moderados de la oposición, que separaban aguas de la postura del PC. En definitiva, Insunza defendía la originalidad de la perspectiva de su partido, en el sentido que no veía contradicción entre impulsar la movilización social de masas, con expresiones de violencia política contra la dictadura.

Por otro lado, respecto a la “fuerza propia”, Insunza –siguiendo las definiciones del PC al respecto– la insertaba como parte componente de la política militar del Partido, que además contemplaba “la organización de la participación de masas en estas formas de lucha...[y] el trabajo hacia las fuerzas armadas”. Respecto al desarrollo de las actividades de la “fuerza propia”, Insunza estaba de acuerdo que debían pasar a otro estadio de desarrollo, más allá de las operaciones de “desestabilización”. Dicho esto, el dirigente comunista separaba aguas de quienes eran partidarios de ocupar la violencia a todo evento. Por el contrario, esto iba a depender “de la tensión social existente, del comportamiento de la dictadura y también de las formas que adquiera la violencia popular”. En este sentido, Insunza reiteraba su concepción que el aspecto militar de la lucha contra la dictadura “no pretenden resolver por sí mismas el resultado de la lucha de clases, sino crear las mejores condiciones para movilizar nuestro ejército, y nuestro ejército son las masas”. De esta manera, para Jorge Insunza, el papel del FPMR debía encuadrarse dentro del siguiente criterio: La acción “¿lleva agua a nuestro molino o al de la dictadura? ... ¿la correlación de fuerzas después de la acción es más favorable o menos favorable al movimiento popular?”.

Para concluir, el documento dejaba abierta la opción de que el PC se definiera por la tesis insurreccional. Por lo tanto, la colectividad debía prepararse en dos planos. Acentuar la lucha de masas y avanzar en la “conformación del ejército revolucionario”, en el sentido estrictamente militar de la palabra. Para Insunza, este estaría compuesto por “los destacamentos de avanzada” del proletariado y el campesinado, y por “las unidades del ejército conquistadas para la causa del pueblo”. Es decir, la lógica insurreccional comunista consistía en la formación de destacamentos armados que contribuirían a azuzar la lucha de masas, a las que se le unirían sectores del ejército, que le restarían el apoyo a Pinochet. De esta manera se conjugaría en un mismo momento histórico la derrota política y militar de la dictadura.

Como decíamos, luego de la Conferencia Nacional de fines de 1983 y sus definiciones políticas de fines de 1984, el Partido Comunista estableció

que “la salida más probable” de la dictadura sería una “sublevación nacional”, nombre escogido por la dirección del PC para denominar su perspectiva insurreccional. Esta definición coincidió con el establecimiento del estado de sitio por parte de la dictadura (noviembre de 1984), y el incremento de las medidas represivas. Por lo tanto, el ciclo de protestas experimentó un reflujo, aunque a fines de 1985 se produjo otra importante jornada de repudio popular contra la dictadura. En este contexto, el Partido Comunista preparó la “sublevación nacional”. Las medidas más destacadas fueron, desde el punto político, lograr posicionar el año 1986 como “el decisivo” para derrocar a Pinochet. Este planteamiento se convirtió en un sentido común en un amplio espectro opositor, que estimó posible derrocar a Pinochet aquel año. Por otro lado, desde el punto de vista militar, el Partido Comunista materializó el ingreso ilegal al país de un inmenso arsenal de armas de guerra, destinados a equipar a la “fuerza propia del partido”, que sería fundamental en el estallido de la sublevación nacional. Además, la conducción comunista autorizó la preparación de una compleja operación militar, destinada a ejecutar al general Augusto Pinochet. Para los días 2 y 3 de julio de 1986 se convocó a un paro nacional. A pesar de la masividad de las movilizaciones, no se produjo el hipotético “paro nacional prolongado” del cual podría derivarse un movimiento insurreccional. Además, al mes entrante, es decir, en agosto de 1986, fueron descubiertos los arsenales del PC y en septiembre fracasó el atentado que buscaba liquidar a Pinochet. Con esto, se abrió camino el proceso de “salida pactada de la dictadura” y el desahucio de la opción que buscaba su derrocamiento. Para el Partido Comunista asumir este hecho fue un proceso traumático.

En efecto, a partir de 1987 se abrió un ciclo basado en una vía institucional para la recuperación de la democracia. Esto implicaba reconocer las reglas y el calendario impuesto por la dictadura. La mayoría de la oposición de centroizquierda acordó intentar derrotar a Pinochet “desde dentro” de la institucionalidad. Esto implicaba inscribirse en los registros electorales, para que la ciudadanía votara en los futuros eventos electorales; inscribir legalmente a los partidos políticos de oposición, para que pudiera contar con apoderados y derechos en las elecciones; y, por último, concentrarse en ganar el plebiscito del día 5 de octubre de 1988, que sancionaría o no la continuidad del general Pinochet por 8 años más en el poder. En caso de triunfar la opción “No”, se debían convocar a elecciones democráticas. Esta era la opción de la oposición al régimen. Frente a esta hoja de ruta, el Partido Comunista sostuvo una conducta errática. Se opuso, pero luego se retractó, tanto de llamar a inscribirse en los registros electorales, como de apoyar al “No” en el plebiscito. En efecto, aunque finalmente se terminó sumando a ambas iniciativas, lo hizo a regañadientes, quedando fuera del amplio espectro de la oposición unida en torno a esta estrategia. En el fondo, el PC todavía creía

posible derrocar a Pinochet, especialmente basado en la hipótesis de que éste desconocería el triunfo de la oposición en el plebiscito de octubre de 1988, desencadenando la ansiada revuelta que daría con el fin de la dictadura. Esta insistencia por desconocer la viabilidad de la “salida pactada” de la dictadura, fue uno de los principales puntos que desataron la crisis interna que experimentó el Partido Comunista en 1990. Para sumar elementos al complicado escenario que enfrentaba el Partido Comunista, en 1987 se produjo el episodio que en la historia partidaria se conoce como “la división del Frente”, en alusión al FPMR. En rigor, en junio de 1987 se hizo pública la noticia que la mayoría de la Dirección Nacional de la “fuerza propia” del PC, abandonaba la colectividad y comenzaban una vida como organización independiente. Fue así como surgió el FPMR (autónomo), llamados así para diferenciarlos del “Frente-Partido”, cuyos integrantes permanecieron en el PC. Un contingente indeterminado siguió la ruta ahora independiente de los “comandantes” rodriguistas. La crítica de los “autónomos” señalaba que la conducción partidaria no se había jugado realmente por la “sublevación nacional” y que esta formulación no tenía una real proyección revolucionaria. En definitiva, consideraban que el Partido Comunista, a pesar de los dichos de sus dirigentes, no había logrado superar su tradición reformista.

Una entrevista realizada a Jorge Insunza a comienzos de 1988 -antes que el PC se decidiera por adherir a la opción “No” en el plebiscito- refleja las dificultades que tenía la colectividad para sostener su rechazo a participar en este evento electoral, que lo aislaba respecto al resto de la oposición. Esta decisión fue clave para explicar por qué el Partido Comunista no ingresó nunca a la Concertación de Partidos por la Democracia, que gobernó el país entre 1990 y 2010. Al respecto, Insunza calificaba a comienzos de 1988 a la “Concertación por el No”, como una expresión política a través de la cual “es imposible concebir terminar con la dictadura”. Para mayor ahondamiento, establecía que en su interior, predominaba “el pensamiento conservador y pro-imperialista que busca la negociación con el régimen como el único camino aceptable”. Además, descartaba toda posibilidad que la dictadura organizara un plebiscito para perderlo: “Yo le preguntaría a cada uno de los dirigentes que han asumido la responsabilidad de convocar a la gente a votar por el NO, si creen posible que en la noche del 11 de septiembre de este año –por decir una fecha probable- Sergio Fernández [Ministro del Interior de Pinochet] aparezca en la televisión diciendo ‘Hemos sido derrotados, el NO ha triunfado’”¹³⁵. Consultado si el PC podría modificar su tajante postura de rechazo a participar en el plebiscito, tal como lo habían hecho en el caso de la discusión sobre la inscripción en los registros electorales, Insunza no lo

.....
135 Florencia Varas y Mónica González, *Chile entre el Sí y el No*, Ediciones Melquíades, 1988, pp.64-65.

descartaba. Eso sí, sería en “otro marco político y en otra concepción, no en ésta que tiene un carácter excluyente y conciliadora”. De todas maneras, insistía que la “concertación por el NO es un error político serio”¹³⁶.

En el fondo de la discusión, a esas alturas, el PC todavía consideraba que la violencia política constituía un aspecto fundamental para terminar con el régimen. Hacia 1988, este planteamiento, que años atrás tenía más sintonía con el estado de ánimo de la protesta social, aparecía fuera de foco. Después de años de protestas, represión y muertes, la opción de una salida, aunque fuera pactada, se había impuesto en gran parte de la población. El resultado del plebiscito y de las elecciones presidenciales de 1989 así lo demostraron. En sentido contrario a esto, Jorge Insunza reconocía que su colectividad se preparaba y “trabajamos desde hace mucho tiempo para estar en condiciones de responder a la dictadura en todos los terrenos y frente a cualquier eventualidad de perpetuación que diseñe”. Y agregaba, “trabajamos para estar en condiciones de dirigir la resistencia popular a un autogolpe eventual en el más alto nivel que sea posible”, aludiendo a la resistencia armada¹³⁷.

Con el triunfo del NO, la Política de Rebelión Popular de Masas quedó agotada. El trance para asumir este hecho y cuál camino debería seguir el PC ante el nuevo escenario político que se constituiría a partir de 1990, fue uno de los principales ejes de la crisis que experimentó la organización en este período. La otra fuente de desacuerdos internos fue la interpretación del significado de la crisis terminal del campo del “socialismo real” y cómo esto impactaba en la ideología y en la concepción del socialismo del Partido Comunista. La conjunción de los efectos de la caída del Muro de Berlín y del fracaso de la tesis de la “Rebelión Popular”, generó la peor crisis de la larga historia del PC.

3. “Renovación socialista” v/s “Renovación revolucionaria”:

Un tercer momento del pensamiento político de Jorge Insunza se relacionó por su interés por los debates políticos-ideológicos. En su juventud, el dirigente comunista había destacado por sus enfrentamientos con la denominada “ultraizquierda”. Desde las diversas plataformas de difusión partidaria, los escritos y discursos de Insunza defendieron con pasión la “Vía Chilena al Socialismo” en contra del “atajo revolucionario”, representando en Chile por agrupaciones como el MIR. En sus intervenciones, Insunza combinaba dos aspectos ideológicos. Por un lado, una mirada tradicional del marxismo-leninismo, ligado al canon soviético. Como el resto de la dirigencia que

.....
136 Ibid.p.83.

137 Ibid.p.85.

formaba parte del comunismo chileno, Insunza nunca fue crítico de la Unión Soviética. Durante el período de la “desestalinización” en la URSS, Insunza se acopló a la crítica a Stalin y al “culto a la personalidad”, recepcionando este proceso como una oportunidad para perfeccionar la ideología marxista-leninista, desligándola -supuestamente- del lastre estalinista. Por otro lado, algunos escritos de Insunza reflejaban la influencia de Palmiro Togliatti y el Partido Comunista Italiano, del cual era un gran admirador. El líder comunista itálico, cuando en la década de los años sesenta se debatía sobre el legado de Stalin, el cisma sino-soviético y la lucha armada, planteó la importancia de la “vías nacionales” en los procesos de construcción del socialismo. Esta tesis, que defendía la ruta original y democrática que seguía el PCI en Italia, fue el germen del movimiento que en la década de 1970 se conoció como “eurocomunismo”. Encabezado por Enrico Berlinguer, sucesor de Togliatti, los comunistas italianos, españoles y franceses comenzaron a surcar un camino apartado de la Unión Soviética, a la que criticaron por la invasión a Checoslovaquia y por la ausencia de una real democracia socialista.

En el caso de Jorge Insunza, desde nuestra perspectiva, amalgamó el doctrinarismo marxista-leninista de corte soviético, con la tesis de las “vías nacionales” de Togliatti, pero sin extremar la crítica hasta las posturas “eurocomunistas”. Por el contrario, el PC chileno nunca rompió sus vínculos con el campo socialista. Esto se acentuó después del golpe de Estado de 1973, producto que la Unión Soviética, la República Democrática Alemana y Cuba, brindaron apoyo político y material a la izquierda, que fue fundamental para la sobrevivencia posterior a la caída de Salvador Allende. Para mayor ahondamiento, a fines de 1976, Luis Corvalán Lepe, secretario general del PC chileno, fue liberado por la dictadura gracias a un canje con un prisionero político soviético. Mientras que el episodio fue criticado acremente por Georges Marchais, líder del PC francés, para los chilenos fue un acontecimiento que ratificó la adhesión al país de los soviets.

En este contexto, un importante sector de la izquierda chilena, compuesto fundamentalmente por el Partido Socialista, el MAPU y la Izquierda Cristiana, comenzaron a desarrollar lo que se denominó como “la renovación socialista”. A partir del traumático fin de la experiencia de la Unidad Popular, llevaron a cabo una revisión a fondo de sus paradigmas ideológicos. En síntesis, tres fueron los aspectos centrales de la “renovación socialista”. En primer lugar, la revalorización de la democracia liberal y la necesidad de un socialismo democrático. En segundo lugar, la resignificación del concepto de socialismo, el que fue desacoplado de un modelo específico de sociedad. Por último, la renovación socialista planteó que la izquierda chilena debía desembarazarse de las concepciones clasistas. A cambio, la vocación de las fuerzas transformadoras debía ser —decían los “renovados”— constituir bloques político-electorales mayoritarios, abandonando la perspectiva de vanguardias

autoritarias. En resumen, la renovación socialista, acorde con la crisis del marxismo en Europa, implicaba un tránsito acelerado hacia la socialdemocracia y el abandono del paradigma de la revolución que había caracterizado a un segmento importante de la izquierda mundial durante el siglo XX.

A comienzos de la década de 1980, en Chantilly, localidad ubicada en Francia, se reunieron dirigentes políticos de la izquierda chilena. La mesa titulada “Problemas del marxismo, el socialismo y la democracia”, integrada por Tomás Moulian, Eugenio Tironi y Alejandro Rojas, concentró algunos de los planteamientos de la “renovación socialista” de aquel entonces. Jorge Insunza decidió responder en tono polémico las ponencias. El título de su artículo, “Renovar y no renegar”, sintetiza el pensamiento del dirigente comunista. Es más, representa la base de la tesis sobre la “renovación revolucionaria” que Insunza propondría como fórmula alternativa a la “renovación socialista”. En efecto, el dirigente comunista partía argumentando desde un supuesto básico: la renovación era una exigencia fundamental para cualquier partido revolucionario. Para Insunza, para llevar a cabo un proceso de este tipo era necesario producto de la necesidad de “una apropiación ascendente de la teoría revolucionaria, un conocimiento siempre más profundo de la realidad nacional e internacional, una comunicación más estrecha con el movimiento de masas real”. En el fondo, por la necesidad de sumirse en la dialéctica entre la teoría y la práctica para la elaboración de una línea política revolucionaria. Eso sí, la gran diferencia entre Insunza y los panelistas del seminario de Chantilly, era que el primero no estaba dispuesto a cruzar el límite de declarar caduco el marxismo-leninismo.

En efecto, el extenso artículo de Jorge Insunza polemizaba con cada uno de los autores mencionados más arriba. El denso contenido teórico demostraba el manejo que tenía su autor en las lecturas de Marx, Lenin y Gramsci. Como no pretendemos resumir detalladamente los profundos argumentos desplegados por Insunza en su debate con la “renovación socialista”, nos interesa resaltar tres aspectos de sus planteamientos. En primer lugar, que la adhesión al marxismo-leninismo no significaba que este fuera una doctrina finita, cuya posibilidad de discusión quedara ubicada desde los bordes teóricos hacia afuera. Insunza negaba que el marxismo-leninismo contuviera un núcleo esencial inmodificable. En segundo lugar, reivindicaba la perspectiva de clase para el análisis de la realidad. En el caso del debate con los “renovados”, por ejemplo, para evaluar a la democracia occidental. Por último, Insunza también polemizó en defensa de la noción leninista de partido de vanguardia.

Respecto al primer punto, Insunza citaba la siguiente noción planteada por Carlos Marx: “El comunismo no es para nosotros ni un Estado que debe ser creado ni un ideal al que debe acomodarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que pone fin al estado de cosas existente”.

Pero, en sentido contrario, se oponía al rechazo de las experiencias previas de construcción del socialismo. Insunza reconocía que no se trataba de imitarlas como modelos, pero si los consideraba “un caudal de conocimiento” importante para pensar los procesos revolucionarios. Para el dirigente comunista, “hay ciertamente ‘lo ruso’, como ‘lo italiano’ o ‘lo francés’, pero hay también la formación económica cuyo modo de producción dominante es el capitalismo que estudiaron Marx, Engels, Lenin y otros”. De esta forma, para Jorge Insunza, a partir de la contradicción dialéctica entre los aspectos estructurales del desarrollo capitalista (“las tendencias mundiales del imperialismo”), y las realidades nacionales, se desarrollaba “el movimiento real” de la lucha de clases de cada país. Por ende, negaba el supuesto dogmatismo del marxismo-leninismo.

En cuanto al análisis de clase de la democracia occidental, este era un punto muy sensible en el debate con la “renovación socialista”. El núcleo de su crítica contra el modelo soviético consistía en que este había engendrado regímenes dictatoriales, que violaban las libertades personales. Por ello, la valoración de la democracia liberal era uno de los caballos de batalla de esta corriente de pensamiento. Esto generaba la existencia de una supuesta dicotomía entre una izquierda “democrática” (los “renovados”) *versus* otra “no democrática” (la que adhería al marxismo-leninismo). En contra de esta visión, Jorge Insunza postulaba la vigencia de la mirada de la democracia occidental como “un sistema de dominio de una clase sobre otra”. Según su postura, si esto no se tenía claro, “no se podrá dar ningún paso serio en la dirección de la conquista de la democracia para la clase obrera”. En el Estado capitalista, la dominación de clase era “ley suprema, por encima de toda ley y sobredetermina el contenido de cada ley”. Dicho esto, Insunza rechazó que el Partido Comunista padeciera de un “reduccionismo ideológico de clase”. A modo de ejemplo, mencionaba la importancia que tuvo para el PC el diálogo entre cristianos y marxistas, el debate sobre los temas generacionales, las particularidades de la juventud como capa social y “las posibilidades unitarias que eso abría por encima de los orígenes de clase”. En resumen, reconocer el carácter de clase de la democracia liberal no era sinónimo de una concepción antidemocrática, sino que reconocer un hecho objetivo. Tampoco implicaba una mirada reduccionista de la realidad social.

Por último, Insunza debatía con los “renovados” la noción sobre el carácter y sentido del partido de la revolución. A diferencia de ellos, defendía a Lenin utilizando los planteamientos de Gramsci. Del primero, rescataba la noción de “partido de nuevo tipo”, en oposición a los partidos que conformaban la II Internacional. A cambio, el dirigente comunista italiano, decía Insunza, propuso “ideas para la lucha de partido en condiciones de una formación social en la que la ‘sociedad civil’ es mucho más estructurada y en un período en el que la lucha ideológica adquiere una relevancia creciente...

En esas condiciones concluye es más probable una guerra de posiciones que una guerra de movimientos”. En definitiva, para Insunza, no había un Lenin contra Marx o un Gramsci contra el líder de los bolcheviques: “El desarrollo social plantea siempre problemas nuevos. Obliga a ver viejos problemas con ojos nuevos... Una u otra conclusión de Marx o Lenin, o de cualquier gran teórico, puede, en el desarrollo, perder su validez general... Nadie supone que los textos de los clásicos puedan ni deban ser leídos dogmáticamente... Hay renovación en la continuidad, homogeneidad y heterogeneidad al mismo tiempo”. Este planteamiento fue la base de la “renovación revolucionaria” que Insunza defendió primero contra la “renovación socialista” y, más tarde, contra la disidencia dentro del propio Partido Comunista.

Años más tarde, después de la caída del Muro de Berlín y el fracaso de la política insurreccional implementada por el Partido Comunista en su lucha contra la dictadura, la colectividad experimentó una aguda crisis interna. Compuesta por varias aristas, uno de los aspectos cruciales que atravesó el conflicto interno del PC fue la evaluación de las consecuencias político-ideológicas que tuvo lo que Luis Guastavino –dirigente comunista disidente- denominó como “el derrumbe de las catedrales”. Para un sector, el fracaso del socialismo real era de tal magnitud, que correspondía una transformación completa del Partido Comunista, incluido su nombre y matriz ideológica. Estas propuestas, dentro de un contexto de inmensa popularidad mundial de tesis que planteaban el fin de un ciclo histórico y del “fin de la historia”, colocaban a los defensores de la continuidad del partido y la vigencia el marxismo, como modelos de la ortodoxia y el fundamentalismo. En rigor, era un momento de gran impopularidad de las ideas que tradicionalmente había representado el Partido Comunista.

Dentro de ese debate, Jorge Insunza optó por las posiciones que consideraba viable la continuidad del proyecto histórico encarnado por el PC. En el verano de 1990 Chile vivía un momento de grandes expectativas. Patricio Aylwin, candidato único de la oposición, era el presidente electo de Chile, tras ganar con holgura las elecciones presidenciales realizadas a fines de 1989. A pesar de haberlo apoyado, los resultados electorales para el PC dejaron un sabor amargo. Ninguno de sus candidatos y candidatas a diputados resultó electo, agregando un elemento más a la crisis de la colectividad. En ese marco, el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz -ligado al PC- organizó una escuela internacional de verano. Esta contó con representantes de diversos sectores de la izquierda chilena y también del extranjero. Era un momento que se incubaba la crisis del PC, porque ya se conocían expresiones de disidencias y marginaciones. Sin embargo, el conflicto interno todavía no se desencadenaba con todas sus fuerzas, algo que sí ocurriría meses más tarde. Jorge Insunza fue invitado a comentar las ponencias de la mesa llamada “El marxismo y la renovación de la izquierda”, que contaba con la presencia de

algunos dirigentes del PC ligados a los sectores disidentes. En su intervención, Insunza retomó algunos de sus planteamientos de su polémica con los panelistas del seminario de Chantilly. Apoyó calurosamente la idea de la “renovación del marxismo”. Sin embargo, en esta ocasión era mucho más autocrítico respecto a las concepciones que tenían los comunistas sobre las temáticas ideológicas. Al respecto, afirmaba que “durante mucho tiempo nosotros, comunistas chilenos, nos negábamos inconscientemente a reflexionar de una manera crítica sobre determinadas formulaciones elevadas a la calidad de principios absolutos y no lo que son los principios: resultado de un determinado avance del conocimiento. Por ejemplo, nos resistíamos a cuestionarnos el problema de la ‘dictadura del proletariado’”¹³⁸. Esto lo decía solo para retomar con más fuerza su debate con los “renovados”, quienes planteaban la necesidad de que la izquierda chilena revalorizara la democracia. Para el dirigente comunista, efectivamente ellos debían hacer esto, a diferencia de los comunistas, quienes según Insunza, “no tenemos ninguna necesidad de hacerlo, porque nosotros nunca menospreciamos la democracia, tampoco la burguesa, como una condición o estado en el cual las luchas del movimiento democrático y popular podían desarrollarse en las mejores condiciones”¹³⁹. Para Insunza, el dogmatismo comunista había pasado por no atreverse a teorizar una práctica política que ya había asumido la centralidad de la democracia dentro del proyecto político del PC chileno. Esto los distinguía de los otrora sectores más radicales de la izquierda, algunos de los cuales ahora eran adalides de la “renovación socialista”.

En el fondo, Jorge Insunza sostenía la tesis de que el marxismo contenía, en sus propias definiciones, las bases para desarrollar su renovación. Por lo tanto, distinguía de manera enfática entre esta labor, que consideraba esencial para el momento que vivía Chile y el mundo, con abandonar sus planteamientos revolucionarios fundamentales bajo una pseudo “renovación socialista”. Por ello, Insunza reclamaba que “el marxismo sigue siendo la base de una concepción revolucionaria...” Reconocía que el camino estaba plagado de problemas para quienes eran partidarios de la lucha anticapitalista (“habrá tropezones, diferencias, contradicciones...”), pero lo que no debía ocurrir era “la renuncia a esta perspectiva de hacer del marxismo...una base de iniciativa histórica”¹⁴⁰. Por eso, es posible afirmar que la premisa de la “renovación revolucionaria” que pregonó el Partido Comunista a comienzos de la década de 1990 se basó en esta óptica dialéctica de la realidad. La superación en la práctica histórica de viejas premisas y conceptos, junto con el arribo de nuevos planteamientos, no impedían sostener la perspectiva antisis-

.....
138 En *Crisis y renovación*, Ediciones Medusa/ICAL, 1990, p.134.

139 Ibid.p.134.

140 Ibid.p.133.

témica del marxismo. Jorge Insunza -junto a la dirección del PC- se mostraba dispuesto a hacer ajustes de cuentas con categorías tales como “dictadura del proletariado” y “partido de vanguardia” o ahondar las definiciones de la democracia y el socialismo. O reconocer que era necesario “pensar con cabeza propia”, como declaraban otros dirigentes del PC durante esos días. Pero lo que no estaban dispuestos los integrantes de la conducción del Partido Comunista, era a dar por cancelada la experiencia histórica de la colectividad. El supuesto fundamental era que el conflicto de clases era una realidad cotidiana en Chile. Este hecho justificaba la existencia de un Partido Comunista, aunque el proyecto histórico que esta organización representó a lo largo del siglo XX había fracasado.

Epílogo

A partir de la década de 1990, el Partido Comunista de Chile inició una larga travesía por el desierto. Esta tuvo su origen en la determinación por parte de la colectividad de no sumarse a la centroizquierdista “Concertación de Partidos por la Democracia”, que eligió a cuatro presidentes de Chile de manera consecutiva. Por el contrario, se declaró opositor a los mandatos presidenciales liderados por esta coalición. La opción buscada por casi dos décadas fue la de constituir una tercera fuerza política, social y electoral, alternativa a la derecha y a la centroizquierda. El diagnóstico de los comunistas sobre la “Concertación” era lapidario: sus administraciones representaban “el continuismo” y la profundización de las políticas económicas de la dictadura. Por otra parte, el gradualismo que caracterizó la denominada “política de los acuerdos” con la derecha y el gran empresariado, se manifestó en la ausencia de justicia en materia de violación de los derechos humanos y la mantención de un sistema jurídico-político (la Constitución de 1980), que perpetuaba el legado pinochetista. Por todo esto, la tesis comunista para el nuevo período que se inició a partir de 1990, fue que la tarea de la recuperación de la democracia en Chile seguía pendiente, producto de la predominante continuidad del legado dictatorial. Por ello, el Partido Comunista estableció la política de la “Revolución Democrática” como la sucesora de la “Rebelión Popular”. Su planteamiento central se enfocaba en la necesidad de romper la institucionalidad dictatorial en base a movilización social y electoral.

El intento de constituir una tercera fuerza política, de claro perfil de izquierda, alternativa a la Concertación y la derecha, se manifestó en sucesivas candidaturas presidenciales (1993, 1999, 2005 y 2009), ninguna de las cuales logró superar el 7% de apoyo popular. Así, a mediados de 2000, el PC comenzó a aproximarse a la Concertación. Esto se expresó en el apoyo a Michelle Bachelet en la segunda vuelta presidencial de la elección de 2005

y en los acuerdos electorales para las elecciones municipales de 2008 y parlamentarias de 2009. Estos permitieron que el PC lograra obtener el control de municipios en la Región Metropolitana (la más importante del país) y, sobre todo, romper con su ausencia del parlamento. En efecto, en diciembre de 2009, el Partido Comunista logró elegir tres diputados, finalizando un largo periplo fuera de esta institución clave en el quehacer de la política chilena.

Durante todo este período, Jorge Insunza participó en los duros debates internos dentro de la colectividad de toda su vida. Más allá de los rumores sobre sus matices con la conducción partidaria, continuó siendo uno de los principales articuladores de la política de los comunistas. Ocupó diversas responsabilidades durante los años de la renacida democracia chilena. Fue candidato a senador y diputado en varias ocasiones, obteniendo altas votaciones, pero que no alcanzaron a romper el cerrojo del sistema electoral binominal, que solo permitía la elección de las dos primeras mayorías. Estuvo a la cabeza de distintos frentes de trabajo del PC, como el internacional y trabajadores, entre varios otros. Sus planteamientos sobre la “renovación revolucionaria” formaron parte de la ruta escogida por el Partido Comunista para intentar subsistir en el nuevo período histórico, marcado por la inexistencia del campo socialista.

Con su fallecimiento a comienzos de 2019, llegó a su fin la vida de uno de los dirigentes políticos más importante de la historia de la izquierda chilena. Formó parte de una generación que diseñó la estrategia que se coronó con éxito al triunfar Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970. Partícipe de la derrota de la Unidad Popular, Insunza tuvo un papel importante en el nuevo diseño que el Partido Comunista elaboró para enfrentar a la dictadura e intentar recuperar la democracia. Desde la clandestinidad o desde el exilio, fue actor protagónico de la epopeya antidictatorial. En la última etapa de su trayectoria, formó parte de quienes no estuvieron de acuerdo con la salida pactada de la dictadura y con el gradualismo concertacionista. Su vida política se caracterizó por la intensa búsqueda de coaliciones amplias con perspectivas de transformación social y política. Con aciertos y fracasos, en la trayectoria de Jorge Insunza Becker se resume, en buena medida, los intrincados caminos de la izquierda durante el último medio siglo.